

## BREVÍSIMA RELACIÓN DE LOS QUE ENSAYARON Y SOBREVIVIERON EN MÉXICO A FIN DE SIGLO

ADOLFO CASTAÑÓN



...adueñarse de la verdad facilita adueñarse  
de todo lo demás.

Gabriel Zaid, "La república simulada"

Las épocas de crisis no suelen ser propicias para políticas e instituciones. Auspician en cambio la creación, y el espacio de transición e inestabilidad que se abre con ellas representa un escenario propicio para la creatividad —en particular la artística y la intelectual. El fin de un mundo es un espacio prometedor para la obra de arte. En el país de Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel Puga y Acal —críticos literarios, cronistas, ensayistas de talante diverso, románticos cuando no doctrinarios liberales, intérpretes locales de la modernidad decimonónica— surge poco antes de la Revolución mexicana un conjunto de voces que, cuando no renuevan, actualizan la tradición de un pensamiento crítico y dan al ensayo como género un lugar de privilegio. La generación llamada del Ateneo hizo evidente la necesidad de restituir al canon educativo la disciplina de las humanidades clásicas al tiempo que iniciaba un programa fundado en la crítica al saber nacional y en la necesidad, por un lado, de abrir las puertas de la cultura al mundo y, del otro, de someter a un examen riguroso la historia y el saber nacional como únicos caminos para superar críticamente el programa positivista puesto en marcha por el dictador Porfirio Díaz. Alfonso Reyes, Julio Torri, José Vasconcelos, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Genaro Estrada y el dominicano Pedro Henríquez Ureña pusieron en marcha desde varios frentes una acción polémica y pedagógica que con justicia puede considerarse precursora, en el ámbito de la cultura, del movimiento que se desencadenaría poco después, como ha dicho el propio Reyes. Hay que subrayar que esa acción polémica y pedagógica se funda en la práctica del ensayo, vehículo formal de sus exploraciones. A esa acción la definirá, desde luego, el rigor. Una consistencia y severidad no sólo de orden conceptual sino también léxica y sintáctica. Aunque más adelante estos escritores ganarán en libertad y harán del ensayo un instrumento dúctil e incisivo, en un primer

momento se dará la paradoja de que al funcionalismo y positivismo ambiente se responda con una prosa clásica, cuando no espartana, de elocuencia y patetismo gobernados por un sentido escultórico. La referencia a estos escritores es ineludible para hablar del ensayo en el México de fin de siglo pues Reyes, Torri, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán no sólo han sido fuentes de inspiración literaria, escuela de gramática y prosodia, sino que aparecen también como modelos vitales, caracteres de una etopeya presente o por venir entre los escritores mexicanos vivos a final del siglo. Otro caso similar es el de los escritores congregados en torno a la revista *Contemporáneos* que, desde la literatura, practicó un examen múltiple de la cultura nacional. Al igual que para sus predecesores, para ellos la limpieza de la forma y la claridad del pensamiento serán funciones de una ética de la inteligencia y la literatura representará una ascesis intelectual, una farmacia del espíritu en el seno de una sociedad entregada a la improvisación y edificación imaginaria y a la larga demagogia de un nuevo pacto social: Una sociedad más desvelada por la creación de instituciones imaginarias capaces de refrendar y legitimar en el plano simbólico los edificios de la nueva alianza —según ha mostrado, por ejemplo Louis Panabière en la biografía intelectual que ha escrito sobre Jorge Cuesta, el más crítico entre los críticos de *Contemporáneos*— que por auspiciar cauces para que los diversos actores sociales conversaran entre sí. La generación de *Contemporáneos* retomará en otra escala y con un perfil a la vez más moderno y más ensimismado, menos pedagógico y edificante, las notas del clasicismo. Jorge Cuesta, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Rodolfo Usigli no sólo serán objeto de reediciones, libros dedicados a ellos en lo individual o en lo colectivo. Aparecerán, cada vez con mayor nitidez a partir de los años setenta, como modelos, figuras admirables y admiradas tanto como las ya mencionadas del Ateneo. Si Octavio Paz escribe sobre Xavier Villaurrutia, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid sobre Ramón López Velarde, Carlos Monsiváis sobre Salvador Novo, Jaime García Terrés sobre Gilberto Owen, los escritores de las generaciones si-

güentes radicarán otros modelos y así Enrique Krauze, Christopher Domínguez, José Joaquín Blanco escribirán acerca de José Vasconcelos, Guillermo Sheridan hará la biografía de Ramón López Velarde y dedicará inúmeros trabajos a rescatar los papeles y correspondencia del propio López Velarde y de José Gorostiza. Sergio González Rodríguez estudiará a Salvador Novo, Héctor Perea a Martín Luis Guzmán, Vicente Quirarte a Gilberto Owen, Víctor Arciniegas y el de la voz a Alfonso Reyes, para no hablar de los libros escritos sobre Octavio Paz, puente entre las generaciones, como los de Jorge Aguilar Mora o de Alberto Ruy Sánchez. De esas dos familias —el Ateneo y los *Contemporáneos*— surgirán los descendientes del ensayo mexicano que a fines del siglo XX animan la escena literaria, cultural y aun política del México contemporáneo. Sería peligroso decretar paralelos entre aquel fin y principio de siglo y éste. En todo caso se puede constatar que, para el ensayo en México, el siglo XX no ha sido del todo ingrato.

Con la última década del siglo se cierra una etapa no sólo en la historia política —el largo adiós del sistema mexicano— sino también en lo literario y en lo cultural —la pulverización de la tradicional república de las letras en una red de suburbios culturales precariamente conectados entre sí. Por otra parte, la concesión del Premio Nobel de Literatura a Octavio Paz en 1990 expresa con su emblema la madurez de una literatura que alcanza su plenitud en la poesía y en el ensayo. Yo plural de una sola sombra, el poeta Octavio Paz camina invariablemente acompañado por una sombra crítica. Si su obra ha llegado a situarse como un espacio público de conversación y debate, ello se debe en buena parte a que él ha sabido establecer un sistema de vasos comunicantes entre la poesía y el pensamiento, la contemplación y la crítica, y tanto la historia de la lírica como la historia de las ideas en México en el siglo XX serían incomprensibles sin su ejercicio.

A su vez, el ensayista se desdobra y su acuidad intelectual, su sentido del horizonte acaso se deban a que en su mirada se enfocan dos ojos: el filosófico y el político, por un lado, y por el otro el político y polémico. En estos dos órdenes, su tarea ha sido fértil y desde 1973, fecha de fundación de la revista *Plural*, ha publicado un sinnúmero de libros de crítica literaria, estética, discusión política, filosofía de la historia y del erotismo, todos animados por la misma raíz crítica. Esta infatigable labor que ha dado y elevado el tono de la discusión mexicana expresada en el ensayo culminará en la publicación de sus *Obras completas*, de las cuales se habían editado hasta fines de 1995 nueve tomos y que constarán por lo menos de catorce. La organización de esas obras hace ver, por cierto, hasta qué punto es orgánica la armadura de su reflexión. Lo que Alfonso Reyes representó para la literatura mexicana durante la primera mitad del siglo, lo encarnará, en otra escala

crítica, Octavio Paz durante la segunda. Sin embargo, hombre-país capaz de inventar un paisaje, el escritor mexicano más inteligente del siglo no es una figura aislada en la literatura nacional contemporánea. Entre otras cosas, la riqueza de la literatura ensayística de hoy estriba en la amplitud del arco generacional que cubre, así como en el caudal y calidad de sus diversos actores, protagonistas múltiples que o bien son escritores que incursionan en dominios periféricos a la cultura literaria o bien son autores no específicamente consagrados al ejercicio de las letras pero que en virtud de la calidad de su escritura tienen carta de ciudadanía en la república literaria. Tal es el caso, por ejemplo, de los historiadores. México, país con una historia a la vez honda y tentativa, una historia a la par milenaria y en proceso de escritura, no ha dejado de producir, sobre todo desde la independencia, una memoria escrita de plástico y vigoroso trazo. Si la historia de México puede leerse como un ensayo, ¿cómo no incluir en la historia del ensayo el capítulo de la historiografía que, de Alamán a Mora, Pereyra y Bulnes, nutre la idea de la prosa en México? De la misma manera que, toda proporción guardada, la literatura francesa no sabría prescindir de las figuras de Montesquieu o de Tocqueville, ni la inglesa de las de Hume, Maculay y Gibbon, la historia del ensayo en México no podría recluir los nombres de algunos historiadores en los anales de la historiografía. Es el caso, por ejemplo, de Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Fernando Benítez, Luis Villoro, Luis González y González, Enrique Florescano, Héctor Aguilar Camín o Enrique Krauze, que afirman y sostienen la ecuación entre memoria, rigor intelectual e invención verbal. De esta nómina cabe distinguir un par por su poderoso ascendiente en la prosa y en la investigación. Desde *Pueblo en vilo*, Luis González acuñó y puso en práctica una disciplina: la llamada microhistoria, memoria vertical de un pueblo o región. A ese oficio lo ha respaldado con una prosa inteligente y llana, de acendrado humor regional. Cuento que se cuenta, la historia puede tener también, para González, sabor de rancia leyenda popular. Enrique Florescano representa otra cara de Clío. Su biografía intelectual es la de una generación de historiadores que ha transitado desde las arduas disciplinas de la historia económica a la no menos irreductible historia de las mentalidades. Con *Memoria mexicana*, Florescano alcanza la madurez del ensayista capaz de asomarse a diversas provincias intelectuales —la arqueología, la antropología, la historia de la cultura— extrayendo de ellas un hilo conductor y haciendo de la erudición el instrumento de una ingeniería intelectual que no pierde de vista la totalidad. La vertiente del ensayo que hace de la escritura un pacto crítico con la lectura encuentra en ese historiador un modelo de rigurosa claridad. Pero de la misma forma que reconocemos la ciudadanía literaria de algunos

practicantes de las ciencias sociales, debemos ponderar el peso que en la historiografía propiamente dicha —o en otras disciplinas— han tenido las obras de algunos escritores. La publicación en 1982 de *Sor Juana Inés de la Cruz o las Trampas de la Fe*, del ya citado Octavio Paz, no sólo arrojó nueva luz sobre la figura intelectual de la monja y sobre su tiempo, sino que coincidió con un nuevo despertar del interés por los temas de la historia y la cultura colonial y abrió nuevos derroteros a la invención de la memoria en México. Como, para sólo citar un ejemplo, el libro de Juan Pedro Viqueira *Relajados o reprimidos? Sobre las diversiones públicas y la vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*. Los temas relativos a la historia de la cultura se vieron refrescados por la oleada conmemorativa del V Centenario, como puede atestiguarlo el éxito de *El espejo enterrado* de Carlos Fuentes, el libro y la serie de videos. Las relaciones entre el ensayo literario y la historia de la cultura no son en modo alguno inéditas. Si lo es, en cambio, la decisión de escribir para un gran público un panorama de la diversidad cultural iberoamericana y de hacerlo llegar a través de diversas tecnologías (la cultura impresa y la TV). De hecho, *El espejo enterrado* forma parte de un sub-conjunto de prácticas ensayísticas que se han dado en México en los últimos años. Se trata del continuo que va del libro al video, de la página a la pantalla. *El espejo enterrado* de Carlos Fuentes deberá cotejarse técnicamente con la serie de programas *México en la obra de Octavio Paz* o con los ocho capítulos de la *Biografía del Poder* escrita por Enrique Krauze. En todos estos casos resalta la condición ensayística de reflexionar sobre la historia sin perder un punto de vista personal. Por otra parte, la continuidad entre la historia y literatura ha sido subrayada por el propio Carlos Fuentes en *Valiente mundo nuevo* y *Geografía de la novela*. Si en el primero nos hace ver que el padre de la novela hispanoamericana es el cronista Bernal Díaz del Castillo, en el segundo ahondará, a través del estudio de diversos autores, en el compromiso trágico del escritor con la historia. Ejemplo, en una generación mucho más joven, del vínculo vital que tiene el ensayo literario con la historia es el libro de Antonio Saborit *Los doblados de Tomóchic* donde se desdobra en ensayo un episodio histórico —el asalto militar contra un poblado indígena— que dio lugar a una de las novelas más célebres de la Revolución.

Siempre en los territorios de las ciencias sociales pero ya en las fronteras de la antropología, el ensayo mexicano que ayer encontró momentos literarios brillantes en las obras de Alfonso Caso, Ángel María Garibay y Laurette Sejourné, hoy cuenta algunas páginas memorables en las obras de Miguel León Portilla (*Toltecatoyotl*), Alfredo López Austin (*Tamoanchan y Tlalocan*), Eduardo Matos Moctezuma (*Muerte a filo de obsidiana*) y Pablo Escalante entre los más jóvenes. Por

parte de los escritores curiosos de las antigüedades mexicanas deben destacarse las evocaciones y descripciones que un poeta conocedor de la antigüedad clásica, Rubén Bonifaz Nuño, ha reunido en el libro *El cercano cósmico. De La Venta a Tenochtitlán* donde cuadra la sobriedad taxativa de la lengua latina que tanto ha traducido con el enunciado castizo y severo de una arquitectura milenaria en la que parece cifrarse parte de nuestra historia.

El comercio de la crítica, el ir y venir entre la prosa literaria y la prosa bien articulada en otras disciplinas intelectuales que presta al ensayo buena parte de su vigor, es particularmente palpable en el caso de la filosofía. Si Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Ramón Xirau, Leopoldo Zea y Antonio Gómez Robledo son nombres que José Luis Martínez supo incluir en su antología de *El ensayo mexicano moderno*, corregida y revisada en 1971 para el R.C.E., hoy, al cerrar el primer lustro de la última década del siglo, habría que añadir, primero, entre los autores de generaciones anteriores, los nombres de Jorge Portilla, Emilio Uranga y Luis Villoro, todos pertenecientes a la generación de la revista *Hiperión*. No habría que olvidar en esa enumeración, desde luego, a los filósofos españoles transterrados, algunos de los cuales deben ser incluidos en una historia del ensayo por su brío y su poder de articulación, como Adolfo Sánchez Vázquez y Eduardo Nicol. Este último dejó en México algunos discípulos, entre los que destaca Juliana González, pensadora de cuestiones relacionadas con la ética, dueña de una voz y un estilo propio. La huella del magisterio español, sobre todo del de José Gaos, figura axial de la cultura mexicana contemporánea y cuyo perfil crece con los años, se advierte en pensadores como Fernando Salmerón, Luis Villoro y Alejandro Rossi. Al primero le han preocupado los temas relativos a la ética, a la filosofía y la educación, el segundo es autor de una obra rica y unitaria que culmina en libros como *Saber, creer, conocer* que sugieren que con eficacia y discreción Villoro ensaya la construcción de un sistema; el tercero es quizá el filósofo mexicano contemporáneo que con mayor destreza y elegancia transita por el filo de la navaja del ensayo renovando el género e imprimiendo de paso una velocidad inédita a las ideas en México. El diverso y constante autor de *Lenguaje y filosofía*, *Manual del distraído*, *Sueños de Occam*, *Diario de Guerra*, acaso represente entre todos los filósofos aquí citados a la sensibilidad intelectual más próxima a la literatura y a la voluntad de estilo como forma y método de la imaginación. Engañosamente breve, a la vez nítida y capciosa, la obra ensayística de Alejandro Rossi transita por la auto-observación y la crítica filosófica sin perder nunca ni el acento de un timbre personal ni el rigor de una andadura intelectual que sabe contener y disparar la invención y dar respuesta profana y carismática a las

preguntas humanas y divinas. Luego de muchos años de haber asociado cátedra y vocación intelectual, de haber participado en diversas empresas editoriales y académicas, Rossi publica un libro, *Manual del distraído*, que lo entroniza espontáneamente como uno de los tres maestros del ensayo y del pensamiento mexicano de fin de siglo. Hombre de varios países intelectuales, Alejandro Rossi es también emblemático de otra condición: la del escritor hispanoamericano residente en México. Si el ensayo mexicano en la primera mitad del siglo no puede entenderse sin la presencia de españoles transterrados como José Gaos o José Moreno Villa, ni sin el ejercicio de hispanoamericanos como Luis Cardoza y Aragón y Ernesto Mejía Sánchez —ensayistas todos que han impreso su huella en nuestra arcilla—, la actual efervescencia del ensayo en México no sabría comprenderse sin la tarea elocuente de autores como la cubana Julieta Campos, el guatemalteco Augusto Monterroso o, para llegar a las promociones más jóvenes, la del uruguayo Danubio Torres Fierro, la de los críticos cubanos Nedda G. de Anhalt y Ernesto Hernández Busto, la de los argentinos Raúl Dorra y Noé Jitrik, la del brasileño Horacio Costa o las presencias refrescantes y vivas de Eduardo García Aguilar (colombiano), José Landa (venezolano) y Eduardo Milán (uruguayo). Más acá, en el linaje filosófico del ensayo mexicano, habría que mencionar entre las voces relativamente nuevas la de Hugo Hiriart, novelista, comediógrafo, polígrafo pero sobre todo ensayista de raza y autor de un par de libros de ensayos (*Disertación sobre las telarañas* y *La naturaleza de los sueños*) donde una cultura filosófica de raíz académica se pone al servicio de una invención verbal no exenta de sentido del humor. En la cuerda filosófica y en la raíz hispanoamericana cabría mencionar aquí los trabajos ensayísticos del uruguayo Carlos Pereda, quien se ha ocupado sistemáticamente de las relaciones entre pensamiento y literatura. El supuesto ágrafo Héctor Subirats ha caído en la tentación de existir a través de la escritura y ha publicado *El escepticismo feliz*, libro que debe no poco a E.M. Cioran. Otra lectora de Cioran en México es Esther Seligson, quien ha publicado además algunos ensayos sobre la Cábala y el pensamiento judío tradicional. También sobre la Cábala escriben Angelina Muñiz y Esther Cohen, la primera con una óptica más histórica y la segunda —discípula por cierto de Umberto Eco— con mayor ambición hermenéutica y filosófica en *La palabra inconclusa*. La interrogación filosófica de lo sagrado, la meditación humana sobre las preguntas divinas propuestas por poetas, místicos y, desde luego filósofos ha encontrado en Ramón Xirau a un eficaz Guardián del Umbral.

Amén de la historia de la filosofía, el ensayo mexicano moderno tiene abiertas las ventanas de su torre sin puertas hacia el pensamiento y la crítica política, ya

sea porque algunos escritores y periodistas se ocupan de estos temas con brillo y brío literario, ya sea porque los polemistas, los politólogos, los ideólogos, teóricos y prácticos de la política vierten sus argumentaciones en prosa así fraguada que la crítica literaria no sabría desafiarse del todo desde un ángulo formal. Aunque en apariencia habría mucho de dónde escoger y el panorama es en principio vasto, prolifera en la cuestión política una fauna intelectual más ingente que diversa y aquejada por una monotonía prosódica que suele traducir rutina, cuando no doctrinaria, mercenaria. Con todo, aunque gran parte de la opinión puede ser lícitamente considerada mala literatura, en el debate mexicano contemporáneo se reconocen algunas voces que redimen el género y que, más allá de la urgencia característica y superados esos primeros auxilios intelectuales que sabe prestar el ensayo a la opinión pública —endémicamente traumatada por el masaje de la comunicación masiva—, ofrecen una alternativa real de expresión y pensamiento. En este terreno se impone, de nuevo, la presencia movilizadora de Octavio Paz, cuyo discurso, no pocas veces escrito a contrapelo de los sentimientos de la opinión pública, ha contribuido a establecer normas de conducta polémica que sin duda han beneficiado la calidad de la discusión civil a través de libros como *El ogro filantrópico*, *Tiempo nublado*, *Itinerario*. Otro guía indiscutido de la conversación pública lo ha sido el poeta, crítico literario, analista, historiador e ingeniero Gabriel Zaid, que tuvo la suerte de ser discípulo en su Monterrey nativo del ensayista Rafael Diez. Zaid ha cuidado de que la república (tanto la de las letras como la otra) no pierda la hora exacta de la crítica. La empresa analítica y literaria, pedagógica y polémica de Gabriel Zaid ha reiterado con agudeza y documentación, con valentía y enorme creatividad intelectual, la necesidad de que el Estado y la sociedad mexicanos se modernicen efectivamente a través de una práctica abierta de la democracia y de una re-definición de los objetivos e instrumentos del progreso a la luz de las condiciones reales del país. En libros como *El progreso improductivo*, *La feria del progreso*, *De los libros al poder*, Gabriel Zaid ha practicado una microfísica del poder en México —para usar la expresión de Foucault—, ha sabido polemizar en términos técnicos e inflexibles con los portavoces de la rectoría económica dejando al espectador no especializado la impresión de haber asistido a una lección de ajedrez, ha lanzado iniciativas de reformas que luego de haber sido criticadas han sido asumidas e instrumentadas al menos parcialmente; ha promovido la crítica al partido en el poder y a la religión que identificó durante muchos años los valores del gobierno con los de la nación. En fin, con el arma blanca del ensayo, ha practicado una esgrima certera que, con cada movimiento inmoviliza —*touché*— al adversario. Pero Zaid no sólo es un polemista relam-

pagueante y un ensayista de amplia respiración. Libros como *Cómo leer en bicicleta*, *La poesía en la práctica*, ensayos como los que ha dedicado a Ramón López Velarde y donde la historia literaria arma una historia de la cultura, antologías como *Omnes de la poesía mexicana* no sólo dan cuenta de que la suya es una inteligencia poderosa e incisiva, capaz de inventar tradiciones —como quieren Borges y Hobsbawm— sino que nos recuerda la responsabilidad de la inteligencia literaria y nos ayuda a ponderar hasta qué punto la radiografía de una cultura que se da a través de la filología y de la crítica literaria, puede ensanchar, desde su mirada clínica, el radio del horizonte. Por ende, sus lectores no pueden olvidar que Gabriel Zaid es ante todo —al igual que Paz— un poeta, y que esa saludable crítica plasmada en su obra se origina en un saber del lenguaje, en una conciencia poética, en el unánime conocimiento de la palabra y del silencio. Otro ensayista presente como actor de la vida pública mexicana es Carlos Monsiváis. Presente es poco decir: ubicuo, ineludible: en los rascacielos de la investigación, en los sótanos de la cultura popular, desvelado, insomne por la posesión del Aleph urbano. A la discreción proverbial de Gabriel Zaid, que ha hecho de la omisión de su persona uno de los atributos de su obra —como en el caso del francés Maurice Blanchot—, se opone la presencia tenaz, ubicua de este sacerdote de la cultura pop que administra con prosodia barroca *Los rituales del caos* —para dar el título de su más reciente haz. No parece un azar que los títulos de algunos de sus libros más significativos abriguen una connotación religiosa: *Días de guardar*, *Catecismo para indios remisos*. Además de fungir como cronista político y observador impertinente del sistema, Monsiváis es un ensayista preocupado por desentrañar la dimensión moral de los episodios públicos y políticos sin perder la calidad cómica, humorística de los mismos. Monsiváis no sólo habla de las masas y comulga en prosa con las multitudes —personaje central de sus ensayos crónicos. Puede ser también, en su prosa, estocástico y tumultuoso, estar animado, tumultuante por varios discursos. No sólo habla de una cultura global engañosamente local; lo hace apostando a una lengua a veces hablada y a veces escrita cuya virtud es la inmediatez y cuyo riesgo estriba en la intraducibilidad fuera del orbe y la hora locales. Pero Monsiváis sabe correr ese riesgo, pues lo que está en juego para esta inteligencia despierta por la responsabilidad pública, es la sobrevivencia de un ethos comunitario y, así, no es extraño que su tarea ensayística se haya prolongado en el oficio de curador de ese museo vivo y en proceso que es la cultura popular mexicana, como atestiguan las exposiciones de caricaturas, juegos, máscaras y objetos diversos que ha organizado recientemente con las colecciones que componen su mexicana Arca de Noé. En un país donde son cada vez menos frecuentes y están por así decir

en extinción los escritores independientes que viven fuera de los Castillos de Barba Azul de la Comunicación Organizada y de la Academia Universitaria, Octavio Paz, Gabriel Zaid, Carlos Monsiváis representan los penúltimos avatares de la independencia intelectual aliada a la popularidad, de la crítica que ha sabido hacer de la sobrevivencia en y más allá del mercado un estilo de vida y una obra de arte.

Desde otro confin, el ensayo mexicano centrado en el conocimiento y el saber de lo político, ha tenido sin duda figuras presentes en toda la extensión del calendario —desde las pautas polémicas de Octavio Paz, Daniel Cosío Villegas o Gastón García Cantú, los excursos sociológicos de Pablo González Casanova o Enrique González Pedrero, hasta la elocuencia forense de Jesús Reyes Heróles y Alfonso García Robles (Premio Nobel de la Paz). De ese vasto altiplano de la prosa de la polis, destaquemos aquí el caso de Rafael Segovia, uno de los politólogos mexicanos más distinguidos no sólo por su sólida formación y sus aportaciones a la investigación y a la vida académica mexicana, sino por su prosa preñada de inspiración literaria. Su obra más conocida es la consagrada a la formación política del niño mexicano que renovó la disciplina y sigue siendo un punto ineludible —*incontornable*— no sólo para los especialistas. Discípulo de Raymond Aron, Segovia ha ido dejando constancia inteligente del debate político mexicano en ensayos que se recapitulan en *Lapidaria política*. Además, ha sido el guía y el partero de numerosas inteligencias consagradas al conocimiento de lo político y que han producido en ese campo teórico no pocas contribuciones estimables al ensayo mexicano. Soledad Loaeza y Luis F. Aguilar son dos de los ensayistas en quienes se podría discernir esa huella. Otros escritores que han practicado el ensayo político con instrumental diverso pero con brío, elocuencia, pensamiento y prosa, además de los mencionados son Carlos Fuentes, Gabriel Careaga, Adolfo Gilly, y entre los más jóvenes Héctor Aguilar Camín, Enrique Krauze, Federico Reyes Heróles, Mauricio Merino (autor de *La democracia pendiente*), Jaime Sánchez Susarrey, Sergio Sarmiento y Fernando Escalante (autor de un bien escrito y provocador *El principito o al político del porvenir*). Un renglón aparte merece Roger Bartra, antropólogo, sociólogo e historiador de las ideas que ha contribuido a enriquecer el debate mexicano con libros como *La jaula de la melancolía*, donde aspira a formalizar la discusión cultural y política. Como ensayista situado a medio camino de las ideas y de la literatura, su obra más perdurable hasta ahora parece ser *El salvaje en el espejo*, historiografía de un tropo medieval, el hombre del bosque, que luego reencarnará en el familiar buen salvaje, tan próximo a nosotros, los buenos mexicanos. Otro observador político es Jean Meyer, originalmente historiador y autor de una paradigmática historia de *La Cris-*

tiada, la guerra religiosa en México, ha ejercido desde hace algunos años una escrupulosa tarea de exposición de los acontecimientos y transiciones en la hoy, de nuevo, Rusia. Aunque sus ensayos son de corte histórico, su visión es de tal modo rigurosa, el casting de sus montajes tan impecable que hemos caído en la tentación de afiliarlo a los ensayistas de la polis. Pertenece, por otro lado, a un pequeño grupo de estudiosos europeos que, para seguir siéndolo, han elegido aclimatarse en México, como la también francesa Fabienne Bradu o los ingleses James Valender y Anthony Stanton, estudiosos los tres de nuestras letras.

Este repaso de las disciplinas afluentes que nutren la corriente principal del ensayo produciendo un delta donde se imbrican aguas y territorios, no podría estar completo si no mencionásemos, aunque sólo sea a título de apunte cartográfico, la presencia cada vez más nutrida de psicólogos, biólogos, médicos y científicos de diversa estirpe técnica que llegan a navegar en las aguas no siempre mansas de la prosa con fortuna y buen gobierno. Por lo pronto, reconozcamos que en modo alguno es nueva la tradición que ha hecho de algunos científicos también buenos escritores: entre nosotros recordemos el caso de Manuel Martínez Báez, eminente médico que además de sus trabajos especializados escribió un fino y perspicaz ensayo sobre el entomólogo Fabre, al que también tradujo. O el caso del mismo Ignacio Chávez, cardiólogo, amigo de Alfonso Reyes y de las letras, como él en el caso de sus conferencias. Más recientemente, Ruy Pérez Tamayo ha producido algunos libros, entre los que destaca por su erudición y agudeza *El concepto de enfermedad*. El psicólogo Héctor Pérez Rincón se ha ocupado de cuestiones relativas a las letras, como en el caso de sus estudios sobre Jorge Cuesta. José Saruhkán, hoy rector de la UNAM, ha expuesto y revisado con llaneza didáctica y limpieza crítica ciertas filiaciones y argumentaciones de Darwin. Luis González de Alba practica desde hace años la difusión de la ciencia disolviendo creencias y haciendo plausible causa civil del combate contra la estupidez. Julio Frenk, Antonio Lazcano, Daniel López Acuña y Carlos López Beltrán han contribuido con fortuna ensayística a la socialización del conocimiento científico, tal vez conscientes de que el porvenir de la ciencia en un país de desarrollo desigual no puede prescindir de un ingrediente mínimo de difusión y socialización. Así lo han entendido los editores de la serie "La ciencia desde México", que ya ha publicado más de cien títulos con no poco éxito comercial, académico y de crítica. El campo de la ciencia asociado al ensayo es tan vasto que merecería por sí mismo un panorama específico.

Pero sin duda la veta donde con mayor intensidad y calidad florece el ensayo mexicano actual es la de la crítica literaria, la de la prosa consciente cuyo asunto es la literatura. Abren desde luego esta carta los ya

mencionados Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Luis Martínez, Gabriel Zaid, José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis y Alejandro Rossi, todos ensayistas de raza, observadores críticos de insoslayable relevancia literaria. A Paz, por ejemplo, le debemos una formulación articulada de la historia literaria mexicana que arranca del libro sobre Sor Juana y culmina en *Generaciones y semblanzas*, el tomo donde recapitula esa historia. Fuentes, a través de libros como *Valiente mundo nuevo* y *Geografía de la novela*, amén de *El espejo enterrado*, aspira a construir una nueva ecumene para la novela con raíces en la historia y la intrahistoria, la literatura y el mito. Gabriel Zaid no sólo ha sabido ver la historia de nuestra cultura desde el otro lado del espejo laico sino que ha hecho del andar camino y del camino método, dando una perdurable y atingente lección de sentido crítico a través de libros como *La poesía en la práctica* y *Cómo leer en bicicleta*. José Emilio Pacheco no ha publicado por su parte ningún libro mayor de crítica, pero sus estudios y ensayos de letras mexicanas —como los dedicados a Alfonso Reyes, Ramón López Velarde, Salvador Díaz Mirón y Federico Gamboa— lo sabrán mantener presente en cualquier antología del género. Otro caso, en cierto modo comparable, es el de Carlos Monsiváis, cuyos libros sólo recogen en forma mínima su tarea como observador de nuestra literatura, en la que destacan, por sólo registrar un par de ejemplos, sus ensayos sobre la novela de la revolución y sobre la poesía mexicana contemporánea. De Alejandro Rossi, crítico literario, es memorable su ensayo sobre José Ortega y Gasset donde salva desde dentro al personaje y propone una lectura singular de su biografía intelectual. Con él se da una formulación ensayística donde crítica, experiencia personal, imaginación literaria, voluntad de estilo y decisión de pensamiento fraguan un proyecto ensayístico íntegro que parece superar por momentos el destino centauro, híbrido, del género.

Es cierto. La crítica vive tensa entre la cátedra y el periodismo, entre la plaza mercenaria y el Castillo de Barba Azul. Los lectores competentes y a la vez desinteresados parecen estar en extinción y a veces se puede tener la impresión de que el lector es un acróbata solitario en el centro de un estadio lleno. La crítica literaria puede ser rigurosa y aspirar a través de la severidad técnica a una cierta condición no alejada de la objetividad que raya en ciencia o puede ahondar en la reflexión y en la sensibilidad personal y edificar a través del comercio intelectual e imaginario vastos paisajes donde se recrea e inventa una cultura, como sugiere Fernando Savater. Entre estas instancias, del gabinete literario a una conversación de amplitud variable, se mueven los autores del siguiente movimiento. En el rubro de la crítica y del ensayo que con mayor peso filológico y autoridad nacida del amor a los textos se ejerce en el ámbito académico cabe mencionar la obra de An-

tonio Alatorre, coetáneo y compañero de primeras letras de Juan José Arreola —otro ensayista redivivo. Discípulo de Alfonso Reyes y Raimundo Lida, Alatorre estuvo durante muchos años a cargo de la *Nueva revista de filología hispánica*, editada por El Colegio de México. Es uno de los más finos conocedores de la literatura española del Siglo de Oro dentro y fuera del país y, con sus traducciones de Ovidio, Bataillon, Curtius, Machado de Assis y George Williams, entre otros, ha restituido al oficio de San Jerónimo la dignidad de una tarea intelectual de primer orden. Ha reconstituido los "Avatares barrocos del soneto", escrito con fecunda exactitud sobre Sor Juana Inés de la Cruz, pero como ensayista de difusión y aliento destaca la biografía que ha compuesto de nuestra lengua, *Los 1001 años de la lengua española*. Digo biografía para realzar la vivacidad sensitiva, la agilidad didáctica, el color y la gracia de una prosa que sabe encubrir en la llaneza de su expresión a una de las inteligencias naturales mejor dotadas y mejor formadas de la cultura mexicana contemporánea. No sobra decir que Alatorre es también autor de una copiosa labor ensayística parcamente cosechada que es de cualquier modo objeto de devota xerox.

Otro amante de las letras con carta de ciudadanía natural en la memoria del ensayo mexicano de fin de siglo es José Luis Martínez, acucioso urbanista de una ciudad literaria que, después de sus estudios, es más transitable y hospitalaria. A él se deben memoria crítica y ediciones rigurosas de poetas y escritores como Nezahualcōyotl, Ramón López Velarde, Agustín Yáñez y Alfonso Reyes, cuyas obras completas deben a su industria el haber culminado con la publicación del tomo XXVI consagrado al áulico Goethe. A Martínez se deben panoramas e historiografías de la literatura mexicana del XIX y del XX y casi podría decirse que quien los haya practicado conoce con decoro nuestras letras. Pero no conforme con destacar en la crítica literaria, José Luis Martínez ha obedecido al llamado de la historia —es su otra profunda vocación— y a él debemos una inestimable biografía, *Hernán Cortés*, sin duda el ensayo histórico que con mayor amplitud documental y más plástica prudencia se ha escrito sobre el asunto. Más literario y más poético, también con mayores ensanches hacia la filosofía y la psicología, es el ensayo escrito por Jaime García Terrés, poeta y editor, quien ha dado en *Reloj de Atenas* y *El teatro de los acontecimientos* páginas sugerentes, escritas en un castellano nunca exento de precisión y donaire. A García Terrés también se debe un ensayo de calado profundo: *Poesía y alquimia. Los tres mundos de Gilberto Owen*, que reintrodujo con discreción el simbolismo tradicional y las estructuras antropológicas de lo imaginario en el examen de nuestra poesía. Poeta, traductor y ensayista al igual que García Terrés, Tomás Segovia ha reunido una miscelánea *Trilla de asuntos* —para decirlo con su título—, pero acaso su

figonomía argumentativa, la amplitud de registros de su discusión y su indeclinable pasión por la poesía como fuente de conocimiento se expresan con mayor integridad y limpidez en *Poética y profética*, ambiciosa obra donde Segovia sale al encuentro polémico de la lingüística y la semiología como rectoras del conocimiento literario. En otro registro pero también preocupado por los desafíos de la nueva teoría literaria, debe mencionarse a José Pascual Buxó y sus *Figuraciones del sentido*. Sergio Fernández, Ricardo Garibay y Bárbara Jacobs han ejercido también la crítica literaria y el ensayo creando discursos personales. Héctor Manjarrez ha reunido en *El camino de los sentimientos* un conjunto de ensayos nunca exentos de inteligencia y creatividad.

La literatura mexicana contemporánea no sería explicable sin la labor de los escritores congregados en torno a la *Revista mexicana de literatura* —primero por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo— y luego por Juan García Ponce. Carballo supo en su momento acercarse a los escritores más relevantes de diversas generaciones y obtener de ellos entrevistas y conversaciones que luego han configurado un libro de referencia ineludible: *Protagonistas de la literatura mexicana*. A esa labor dialógica, Carballo ha añadido una tarea crítica y polémica donde se expresa su conocimiento del país. La *Revista mexicana de literatura* dirigida por Juan García Ponce congregó a los escritores reunidos en torno a una generación (la de los nacidos alrededor de 1932) y a un centro cultural, La Casa del Lago. Cabe mencionar esa revista ya que, al igual que la de los *Contemporáneos*, permitió la manifestación de un *ethos*, de un estilo de vida y acción cultural fundado en y marcado por la vocación artística e intelectual como valor originario. Sobre decir que este proyecto cultural cosmopolita que se definía en términos críticos en relación con la cultura nacional instituida dio por resultado un conjunto de itinerarios intelectuales donde el ensayo y la crítica literaria encontraron espontáneamente desarrollo. Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Jorge Ibargüengoitia, José de la Colina, Emilio García Riera, Juan Vicente Melo no sólo practicaron el ensayo literario; se manifestaron en la crítica de las artes plásticas, del cine, de la música, supieron fraguar formas ensayísticas donde la imaginación y la crítica formularon un pacto de recíproca necesidad. A través de ensayos amplios y comprensivos, escritos en un estilo llano pero no exento de circunvoluciones y tramas cíclicas, García Ponce ha promovido la discusión y el conocimiento de escritores, en particular alemanes, como Thomas Mann, Robert Musil, Heimito von Doderer, Elias Canetti, sin olvidar a los de expresión inglesa (Henry Miller y Vladimir Nabokov), francesa (Pierre Klossowski), italiana (Cesare Pavese) y por supuesto hispánica (Borges, Paz, José Bianco). Esa tarea de creador de un espejo crítico para su narrativa, García Ponce la ha desdoblado a través de

un ejercicio constante de la mirada sobre el arte, en particular la pintura, al que ha dedicado también libros y ensayos. Las de Felguérez, Rojo, Gerszo, Carrillo, Tamayo, Cuevas, han sido algunas de las obras tocadas por su mirada.

Más centrado en la poesía, en la interrogación de la conciencia y del oficio literario, en la evocación personal de la propia paideia íntima, Salvador Elizondo ha dado nueva vida al género a través de títulos como *Camera lucida*, *Teoría del infierno*, *Elsinore*, escritos en una prosa donde la herencia de Borges y la melancolía magnética de los ensayistas ingleses clásicos (De Quincey, Johnson, Lamb) se funden en páginas impregnadas de inteligencia y sensitiva percepción. Poetas como Ezra Pound y Paul Valéry han encontrado en México un público nuevo gracias a los ensayos y traducciones de Elizondo. Otro gran lector de letras forasteras es Sergio Pitó, traductor del ruso y del polaco, lector de Chejov, Gogol, Gombrowicz, Andrzejewski, Pilniak y autor de ensayos como los recogidos en *La Casa de la tribu*, donde la experiencia literaria se eleva a una segunda potencia y la lectura, escrita, se ennoblecce a través de la reconstrucción, desde el interior, de los procesos de la creación literaria. Más atento a la ciudad que a la ciudad de los libros, Jorge Ibarguengoitia es autor de una obra ensayística que si bien no editó en libro durante su vida, no por ello ha dejado de tener ascendente y peso en la sensibilidad literaria mexicana actual. *Viajes en la América ignota* e *Instrucciones para vivir en México* dan un espejo de aumento, fraguado con pluma satírica y a veces sarcástica e imaginación devastadora, de un México desgarrado por las contradicciones sociales y culturales. A la afanosa elaboración de verdades edificantes o de conversaciones solipsistas o consoladoras, Ibarguengoitia replica con desmontajes contundentes e hilarantes guiados por el no tan sencillo método de colmar con imaginación trágica y prosa amena el hiato existente entre el país de papel y el país escrito. Swift mexicano, precursor de la prosa crítica, humorística y ligera que será una de las señas de identidad del ensayo mexicano más joven —como en Guillermo Sheridan o en Luis Miguel Aguilar—, Ibarguengoitia ha sido objeto de una biografía, *Los pasos de Jorge*, escrita con fluidez por Vicente Leñero. Guillermo Sheridan, Luis Miguel Aguilar, José Joaquín Blanco, Ángeles Mastretta y Jorge F. Hernández son algunas de las voces en quienes se reconocen ecos del prosista guanajuatense. De ellos, el más agudo y versátil es, a nuestro parecer, Sheridan, autor de hilarantes crónicas reunidas en libros como *Frontera norte* y *Cartas de Copilco*. Pero Sheridan no sólo es un virtuoso de la comedia en prosa y de la prosodia ágil. Ha producido también estudios estimables de historia literaria como *Los Contemporáneos ayer* —suerte de biografía literaria y cultural de ese colectivo concertado por Xavier Villaurrutia— o su vida de Ramón

López Velarde, *Un corazón adicto*, documentada investigación en fuentes primarias que lo sitúan, junto con José Luis Martínez, Gabriel Zaid y José Emilio Pacheco, como uno de los especialistas más solventes de nuestra historia literaria. A Juan Villoro se deben un conjunto de crónicas animadas por la rapidez y la vivacidad, editadas con el título de *Tiempo transcurrido*, páginas juveniles y sobre jóvenes donde la sociología doméstica se alía con la parodia, la sátira y la ironía para rendir tributo a los ídolos de la cultura pop y rocanrolera tan pronto inspirándose en Julio Cortázar, tan pronto en Monsiváis y en José Agustín. A Villoro se le debe también un libro de viajes (*Palmeras de brisa rápida*) y un largo redoble ensayístico por Georg-Cristoph Lichtenberg, figura con la que lo une la inteligencia mordaz, la inventiva curiosidad. Otro germanófilo mexicano es José María Pérez Gay, quien en *El imperio perdido* ha reconstruido ciertos paisajes intelectuales de la literatura alemana, vienesa en particular, a través de la evocación de escritores como Joseph Roth, Robert Musil y Elias Canetti, contemporáneos nuestros en virtud de la intensidad evocativa, la información y el trazo limpio de un ensayista que no desdeña ni la filosofía ni la sociología.

En el renglón de la historia literaria considerada como género se impone la mención de algunos nombres, además de los evocados. Uno de ellos es el de Margo Glantz, que con la antología *Onda* y *escritura* bautizó a toda una generación de escritores —los nacidos después de 1940. Glantz no sólo fue la madrina de la literatura de la onda, ha escrito numerosos ensayos sobre diversas épocas y personajes de la literatura mexicana, cuidando de no perder de vista ni de oído el diálogo con las corrientes críticas de la hora como el psicoanálisis y en su momento el estructuralismo. Son dignos de mención sus ensayos sobre Bernal Díaz del Castillo y, en particular, sobre Sor Juana Inés de la Cruz cuyas *Obras selectas* preparó para la Biblioteca Ayacucho. Otro hispanista mexicano relevante es Sergio Fernández, a quien se deben evocaciones críticas de escritoras y personajes femeninos como las recogidas en *Retratos del fuego y las cenizas*. Especialista en las letras mexicanas es Fabienne Bradu, autora de diversos ensayos sobre escritores (*Señas particulares*), de una biografía novelada de Antonieta Rivas Mercado, de un libro sobre Juan Rulfo y de una galería de *Damas de corazón*. También sobre escritores mexicanos ha trabajado Martha Robles en *La sombra fugitiva*, otro espejo de la condición femenina escrita. Con amplio horizonte filosófico y ambiciosa recreación de la historia cultural, Jorge Aguilar Mora, también novelista, ha escrito dos libros polémicos y perdurables: *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz* y *Esta muerte sencilla, justa, eterna*, gran fresco tumultuoso de la Revolución mexicana, sus mitos y sus muertos, sus manipulaciones y fusila-



mientos. Sergio González Rodríguez es autor de ensayos sobre Salvador Novo y de libros como *Los bajos fondos* y *El centauro en el paisaje* (Premio Anagrama de Ensayo) donde el género se reinventa a través de la imaginación y donde el fragmento opera como principio ordenador. El novelista Federico Campbell también ha sabido proyectar su imaginación en la forma, y en *La invención del poder*, pero sobre todo en *La memoria de Sciascia*, *Máscara Negra* y en *Post-Scriptum triste* conjuga, trama y declina fragmentos ensayísticos y narrativos logrando ensamblar figuras sobre la aparente discontinuidad, como si fuese un artista del azulejo. Otra voz crítica resuelta es la de Christopher Domínguez, ensayista de raza polémica, constructor afanoso de espejos críticos, más adicto al telescopio panorámico y al gran angular para captar conjuntos como señala su *Antología de la narrativa mexicana* publicada en dos tomos, saldo y sinopsis de la prosa narrativa, genuina summa crítica y uno de los instrumentos imprescindibles para conocer en detalle y profundidad las letras mexicanas del siglo XX desde un ángulo recto que cruza historia y literatura en diversos radios circunstanciales.

Esta vuelta al mundo del ensayo mexicano en pocas

páginas no sabría concluir sin dejar constancia de la prosa crítica que ensaya razonar impresiones y argumentos sobre las más diversas manifestaciones artísticas. Octavio Paz, Miguel Cervantes, Jaime Moreno Villarreal, Aurelio Asiain, Jorge Alberto Manrique, se han ocupado con amplitud y gusto diverso de las artes plásticas. Emilio García Riera, José de la Colina, Jorge Ayala Blanco, Gustavo García y José María Espinasa historian, ensayan y conversan sobre cine. Julio Estrada, Juan Vicente Melo, Yolanda Moreno Rivas, Eduardo Lizalde, J.A. Brennan, Luis Ignacio Helguera y Alberto Dallal sobre música, ópera y danza, y se da desde luego el caso de que los propios creadores tomen la palabra con fortuna, como el arquitecto Teodoro González de León, autor de algunas páginas que vale la pena retener.

Aunque muchas veces secuestrado en el Castillo de Barba Azul de la Academia o por el mercado negro del periodismo, el ensayo mexicano al promediar los años 90 no ha perdido del todo ánimo, temple polémico, curiosidad inventiva, aptitud formal ni amenidad conversada. Lo alimentan —para cerrar con el título de uno de sus más jóvenes exponentes: Fabio Morábito— *El viaje y la enfermedad*. ■

